

transída de nostalgias imperiales,  
vivero inextinguible de heroídas.

## NOCHE

Silencio  
inapelable  
de la alta noche  
ebria de estrellas  
y de constelaciones,  
(Sirio, las dos Osas  
y, en las antípodas,  
la Cruz del Sur).

Latir cósmico  
de la vida.  
Presencias telúricas  
de épocas primigenias  
(neolíticas,

paleozoicas).

Insondable y eterna,  
entre los mundos,  
la voz inaudible  
de Dios, sobre las cosas.

## ALBA

Relente genesiaco  
en el alba del día.  
Un infusorio, un ala,  
una brizna de hierba,  
y hondo, inconsolable,  
el sollozo de un niño  
inerte ante la vida.

POMPROYO CRUZ



## LA SUBASTA DE LA ROSA

(CUENTO)

Por JOSÉ FELIX NAVARRO MARTÍN

**L**A tarde era asfixiante. El sol, de fuego, arrancaba de las calles casi desiertas un vaho irrespirable. Los pocos transeúntes trataban de guarecerse en los breves espacios de sombra de las aceras. Sólo las terrazas de algunos casinos y cafés, con sus toldos tendidos, albergaban las mesas que empezaban a llenarse de gentes, ansiosas de bebidas frescas y un poco de aire.

El tranvía de la barriada del Cerro, renqueante, cargado como siempre de una inverosímil masa de público, chirrió desagradablemente al tomar la curva que termina en la parada de la Lonja.

Tomás Rovayo, sofocado, con el cuello de la camisa entreabierto y el nudo de la corbata flojo, descendió, sin apenas tocar el estribo ardiente del tranvía. Con pasos rápidos se encaminó a la Plaza Nueva. Casi continuamente limpiaba el sudor que brotaba sin cesar de su rostro congestionado. En la esquina de la Telefónica, miró el reloj del Ayuntamiento que, en aquellos instantes, como en gigante bostezo, dejó sonar seis campanadas lentas y lejanas. Comprobó su reloj de pulsera, y ya más despacio, se dirigió a la calle Granada, atravesando el andén de las Casas Consistoriales. Torció después a la izquierda y entró en la calle Sierpes. Los tradicionales toldos tendidos en la parte alta de los edificios, de uno a otro lado de la calle sevillana, lejos de refrescar su ambiente parecían haberla convertido en un horno.

Tomás, desesperado, mientras con la mano izquierda trataba de ahuecar el cuello de la camisa, y separarlo del propio hasta el máximo compatible con una mínima presentación, con la derecha, provista del pañuelo, ya húmedo de sudor, se abanicaba inútilmente.

Al fin decidió sentarse. Encontró una mesa vacía en un pequeño bar, en la esquina de Jovellanos, y, poco después, bebía a sorbos un café caliente: su panacea infalible contra el calor o contra el frío.

De vez en cuando, entre el murmullo de la calle, una voz de muchacha, casi de niña, pregonaba su fragante mercancía:

— ¡Jazmines, jazmines!...

Tomás Rovayo meditaba. Con su traje negro, las facciones angulosas, magro de carnes, aparentaba más edad de los treinta y dos años recién cumplidos.

En aquellos momentos pensaba en la visita que haría minutos

más tarde. Pensaba en el Padre Manuel, y en la cara que éste pondría cuando le expusiera sus deseos. Temía un poco al ridículo, y a que el buen cura pudiera reírse de su idea por ñoña.

Pero allá, en su casa del Cerro, estaba Luisa, su mujer, que sin saber una palabra del asunto, le animaba con su simple recuerdo a llevar adelante su manía. Además, estaba seguro de que había de gustarle. Y se puso a sonreír imaginando los detalles.

Debió pasar algún tiempo. La calle se animaba por momentos. El calor no disminuía, pero el público aumentaba. Tomás, miró nuevamente el reloj. Había transcurrido casi una hora y se levantó inquieto. Seguía temiendo el momento de la entrevista; en realidad no se sentó ni por hacer tiempo ni por el calor, sino por un inconfesable deseo de retrasar un tanto la visita.

En la esquina opuesta al bar, frente a la pequeña capilla de San José, se acercó al puesto de flores que allí está hace años. Buscó un momento y al fin se decidió por un ramo de rosas blancas.

Se lo envolvieron en papel de celofán, y, ya decidido, se dirigió por la calle de Tetuán a la de Rioja, al convento de los Padres Carmelitas Descalzos.

Penetró en la iglesia. El altar, cuajado de luces y flores, llegó de pronto a sus ojos deslumbrados casi como una aparición celeste. En la hornacina central una bellísima Virgen del Carmen parecía sonreírle desde un trono de nubes. Se arrodilló un instante, cruzó después la iglesia y entró en la sacristía. Le salió al encuentro un Padre.

—¿Qué desea?

—Querría ver al Padre Manuel...

—Pase por aquí...

Fué conducido a una sala grande, de policromas vidrieras. Sentóse en un amplio sillón y esperó. La sala, fresca, con una grata penumbra, con un silencio sólo turbado por el sonar lejano del órgano de la iglesia, le fué serenando. No sintió llegar al Padre Manuel y su voz le sobresaltó:

—¡Pero si es Tomás! ¡Qué alegría!

Levantóse Tomás y besó la mano del sacerdote; le conocía desde sus tiempos de estudiante y le profesaba verdadero afecto.

—El mismo, Padre: y aquí me tiene usted—sonrió—con un «gravísimo» asunto...

—Bueno, bueno... ¿Y tu mujer? Pero siéntate y cuéntame. Vamos a ver ¿qué te ocurre?

La pregunta temida había sido formulada y no había escape.

Tomás, como el alumno que trae aprendida de memoria la lección, empezó a hablar atropelladamente, con poca claridad.

El carmelita le escuchaba asombrado y movía de vez en cuando la cabeza. De pronto extendió las manos imponiendo silencio.

—Pero vamos a ver, hijo, o yo no entiendo una jota de lo que me dices o quieres, en resumen, que se te vendan flores de la Virgen...

—Pues no; no es eso precisamente, pero...

El Padre se rió abiertamente.

—¡Tú no estás bueno de la cabeza, Tomás! ¿Cómo has podido

pensar que se te iban a vender las flores que se han puesto a la Virgen? Si quieres alguna de las que Ella tiene, se te da para que la conserves piadosamente y en paz... ¡pero venderlas!...

—No es eso, Padre. Las flores se las daré yo para la Virgen, y luego...

—Y luego resulta que tú vienes y las compras ¿no es eso?...

—No... sí... casi, casi...

—Mira, háblame claro porque yo encuentro todo esto muy confuso... En definitiva, ¿a qué viene todo este rompecabezas florido?

Tomás se puso encarnado hasta las orejas.

—Es una historia un poco antigua... y larga.

—No te preocupes. Habla que soy todo oídos. Mientras no me llamen para confesar no hay cuidado...

Tomás vaciló un momento.

—Pero le ruego, Padre, que no se ría de mí.

El sacerdote sonrió.

—Anda, anda. Empieza...

—Ya sabe usted que nació en puerto de mar, y que allí las fiestas principales son las del Carmen. Mis padres, que también nacieron en mi pueblo, recibían todos los años al llegar los días próximos al dieciséis de Julio, el tradicional Besamano enviado por el Presidente de la Hermandad del Carmen, en el que se solicitaba un regalo para la Virgen.

Nunca he podido olvidar aquellas noches calurosas—infinitamente menos que las de aquí—en la plaza principal que hoy se llama del Caudillo. Allí está el Ayuntamiento que durante las fiestas iluminaban profusamente... Lo recuerdo siempre con las banderas en el balcón principal, los reposteros, y los municipales, muy en carácter aquellos días, con su uniforme de gala...

No voy a describirle a usted el paso inenarrable de la Virgen por las calles del pueblo, lleno de vivas a su Virgen marinera, ni la llegada al muelle, donde todos los barcos, engalanados con luces y banderas, dejaban oír sus sirenas en saludo a la Reina de los mares... Me da frío recordarlo... Todo eso lo llevaré siempre en mi corazón...

Pero existe allá una costumbre típica que da enorme sabor al festejo. Yo creo que si llegara a suprimirse alguna vez, no hay duda que se privaría de colorido indiscutible a esas noches templadas del Carmen.

Ya antes le he dicho que mis padres recibían todos los años la petición de un regalo por parte de la Hermandad. Esta petición se dirigía a toda la clase pudiente del pueblo, y durante la semana anterior a la del Carmen, iban llegando al Ayuntamiento—que era el receptor de los obsequios—jarrones, botellas de vino de marca, bandejas de plata, figuras de porcelana, pollos... todo cuanto puede regalarse...

Y el día del Carmen, después que concluía el desfile procesional de la Virgen, recuerdo que en la puerta del Ayuntamiento, tras una mesita con su paño bordado, se situaban el párroco, el Presidente

de la Hermandad, y alguna otra figura principal del pueblo que previa tasa de los regalos—una tasa convencional, a buen ojo, pues los que regalaban tenían buen cuidado de olvidar, de ocultar, su precio—, los iban entregando a unos hombres humildes, marineros por lo general, contratados al efecto que a voz en cuello salían pregonando el regalo y su precio por si alguien daba más...

Interrumpióse Tomás, para buscar un cigarrillo.

El Padre Manuel, con los ojos entornados, casi sin moverse, preguntó:

—Así pues, ¿aquello era una subasta?

—Sí, Padre. Una subasta, en plena calle y en la que hace de postor cualquiera. Lo mismo el que pasea que el que escucha la banda de música en la puerta de un café

Encendió el cigarrillo y continuó:

—Yo he visto enronquecer a esos hombres, mientras subía la puja lentamente. Les he visto pasar una y otra vez por el real de la feria, entrar en los casinos, en los bares, en todas partes, incansables, hasta conseguir un buen remate para el objeto que subastaban. Y, en seguida, entregar el importe en la mesa y coger un nuevo objeto para seguir con nuevos bríos la puja larga e interminable, ¿comprende, Padre?

—Perfectamente. Continúa.

—Pues bien, mi padre que en paz descansa, siempre regalaba lo mismo.

No se pudo contener el carmelita y preguntó:

—¿Flores?...

—Flores, no; una flor sólo: una rosa...

Aspiró Tomás del cigarrillo y mientras el humo se elevaba lentamente, sus ojos se cubrieron, un instante, de tristeza.

Sonrió en seguida como para deshacer un pensamiento desagradable, y prosiguió:

—Ya puede usted figurarse que a nadie se le ocurría pujar la rosa. Máxime, cuando el público, extrañado, oía el pregón:

«Una rosa para la Virgen del Carmen en doscientas pesetas»... Era mucho dinero para una simple rosa. Y le aseguró a usted que el asombro subía cuando a la media hora o algo más de haberse puesto en subasta, se oía de nuevo:

«En trescientas pesetas, para la Virgen del Carmen!»... Más de una vez tuve ocasión de oír los comentarios, sobre todo en la puerta del Casino principal y en los bares de los alrededores de la plaza del Caudillo, donde, entre las mesas abarrotadas de buen público, surgían todos o casi todos los postores de aquellas subastas de la Virgen del Carmen...

—¿Y quién pujaba la rosa al fin?—preguntó el sacerdote.

—Mi propio padre. El era quien de común acuerdo con la mesa, tasaba su rosa de todos los años en precio alto desde el principio, y quien durante la noche, de forma discreta para pasar desapercibido, iba elevando la puja hasta llegar a un buen tope. Entonces se la quedaba, y hasta el año siguiente en que se repetía la escena...

—¿Nunca surgió quien ofreciera algo más que tu padre, Tomás?

—Sí. Y no crea que por ello se arredró. Dos ocasiones recuerdo en que sucedió eso. Y hasta me parece que lo hicieron con intenciones poco sanas porque el precio pasó de las seiscientas pesetas las dos veces... Pero la rosa fué siempre para mi padre que pujó más alto. La vez de mil pesetas, las pagó no sin apuros...

—Y ¿esa manía?...

Tomás sonrió.

—Mi padre decía que los que pujaban los demás regalos, lo hacían interesadamente, en mínima parte claro está, aunque pagaran por ellos mucho más de su valor. Efectivamente siempre venían a apropiarse de un objeto o un artículo alimenticio de alguna utilidad, mientras que él, regalaba una rosa—cortada en el rosal de casa— por considerarla como un buen obsequio a la Virgen, y la pujaba para que su importe fuera un auténtico donativo, sin el menor interés, ya que la rosa marchita al día siguiente, sería sólo un recuerdo.

—¡Y un símbolo, Tomás, un magnífico símbolo y una buena lección de tu padre!—exclamó el carmelita.

—El también decía que era un símbolo, pero distinto: Al llegar a casa después de la puja, entregaba la rosa a mi madre y ella la colocaba en un cacharro con agua ante una pequeña Virgen del Carmen que teníamos en la cómoda.

Siempre entraba diciendo lo mismo: «Dolores, aquí tienes la rosa de la Virgen; vamos a ponérsela... Nos estamos haciendo viejos; ya se ha ido otro año...» Y los dos, ella y él, se quedaban un poco tristes y nos miraban a los hijos de una forma que nunca he olvidado...

Suspiró Tomás y aprovechó la pausa para encender el apagado cigarrillo. Hay momentos en que un mundo de recuerdos se asoma medroso al borde de los labios. Y es preciso deshacerlo con un soplo de voluntad. Como quien deshace, sin apenas pensarlo, las caprichosas figuras que traza en el aire el humo de un cigarro.

Añadió Tomás:

—Ya poco me resta que contarle. Aquellas rosas que cada año se ofrecieron a la Virgen, se iban guardando, ya marchitas, hechas sólo un tallo reseco. Treinta y dos conservó mi madre... Y yo sé que uno de sus recuerdos más queridos, que siempre le trae la memoria de mi padre, son esos tallos secos que guardó siempre avaramente, como un verdadero tesoro...

Las últimas palabras fueron pronunciadas con esfuerzo. Es siempre costoso desnudar el alma ante un semejante. Y más aún cuando el relato de la intimidad, por lleno de inefables recuerdos desprovistos de valor para los demás, puede parecer a los ojos de los extraños sensiblero, quizás romántico, casi siempre cursi.

El Padre Manuel, dió unos golpecitos en el sillón, miró a Tomás fijamente y murmuró:

—La historia es digna de vosotros..., pero a pesar de todo, si tú no vas a regalar ninguna rosa puesto que estás aquí, en Sevilla, y aquí no hacemos esa simpática subasta de tu pueblo, ¿qué es lo que se te había ocurrido?...

— ¡Pues está claro, Padre! Este año no puedo ir por mi tierra el día del Carmen debido a mis ocupaciones. Hace pocos meses que me casé y no puedo pedir permiso ahora. Yo quisiera que en mi nuevo hogar siguiésemos la costumbre de la rosa, de mis padres..., ya sé que podrá parecer un poco ñoño, trasnochado o lo que usted quiera, no me importa, pero sé también que para Luisa que nació allí como yo, será una costumbre que le dará alegría...

— Bueno bueno—intervino el carmelita—pero la puja...

— No hace falta... Yo le regalo a la Virgen unas rosas, aquí las tengo - y alargó el ramo al sacerdote—, usted se las pone en el altar esta noche, y mañana, día del Carmen, después de la función, a la que vendremos sin falta Luisa y yo, nos pasamos por la sacristía, le vemos a usted, ella le saludará—que siempre le dará alegría—, y haciéndonos la ilusión de que estamos en nuestro pueblo, le entregamos a usted para la Virgen, unas pesetillas que tengo dispuestas para eso..., usted nos entrega una de estas rosas y... ya está la puja hecha. Al menos tan contentos quedaremos como si la hubiéramos hecho allí... si a usted le parece.

¿Fue una lágrima o una gota de sudor lo que brilló un segundo en los ojos de Tomás?...

¿Fue un matiz de emoción lo que provocó un inesperado carraspeo en la garganta del carmelita? .

El Padre Manuel se levantó lentamente. El ramo de rosas en sus manos, parecía una ofrenda. Se dirigió a Tomás:

—¿Le dijiste a Luisa lo que pensabas hacer?

—No; necesitaba contar primero con el consentimiento de usted.

—Acompáñame un momento...

La sala se había ido quedando a oscuras y ambos se encaminaron hacia la sacristía.

El Padre Manuel, sin decir una palabra, tomó un jarrón vacío y en él puso el ramillete de rosas. Después se quedó mirando a Tomás y dijo:

Mañana os espero, después de la función, a Luisa y a ti para entregaros la rosa... En cuanto acabe esta noche la novena, yo, personalmente, se las pondré a la Virgen y salvo la que tú te llesves, las restantes estarán en el Camarín de la Virgen hasta que se sequen...

Tomás no pudo disimular una alegría casi infantil.

—¡Gracias, Padre!

El carmelita sonrió.

—No tienes por qué dárme las, Tomás. Pienso que hay muchas formas de honrar padre y madre, y ésta que tú has elegido es, desde luego, una de ellas...

Desde el Coro, cercano, una Salve gigante inundó de armonía los últimos rincones del templo.

En su trono de nubes, de azul, de incienso, de melodías, y flores sembradas entre las ascuas de cera, la Virgen pequeña y marinera del Carmen, parecía sonreír más dulcemente que nunca.



ALBUM EXTREMEÑO.—San Jerónimo (obra probable del Montañés), en la parroquia de Cuacos de Yuste, y león que estaba a los pies

Las luces del centro se iban quedando atrás.

En el tranvía del Cerro del Aguila, Tomás Rovayo, profesor mercantil, contable de una empresa sevillana, de treinta y dos años de edad, se dirigía a su modesta casa de las afueras, donde le esperaba su mujer.

Una ligera brisa, y la sirena de un barco en el río, le trajeron recuerdos de mar lejano.

Cuando, ya en su barrio, paró el tranvía, casi no se dió cuenta. Sonreía como un bobo y su cabeza estaba llena de rosas, de un viejo pregón de rosas en subasta...

## SUSCRIBASE USTED

a la «Biblioteca Extremeña», publicada por el Departamento Provincial de Seminarios de F. E. T. y de las J. O. N. S., en la Alta Extremadura, de la que han aparecido los siguientes volúmenes:

- 1.º—*Bibliografía de Extremadura* (Cuaderno I), por Domingo Sánchez Loro. Precio: 12 pesetas.
- 2.º—*Libro de la vida y milagros de los Padres Emeritenses*, por Paulo Diácono. Precio: 16 pesetas.
- 3.º—*Amenidades, florestas y recreos de la Provincia de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura*, por Gabriel Azedo de la Berrueza y Porras. Precio: 12 pesetas.
- 4.º—*Posibilidades industriales de la Alta Extremadura*. (Ciclo de conferencias organizado por el Seminario de Estudios Económicos de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Cáceres). Precio: 30 pesetas.
- 5.º—*Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, por Fray Alonso Fernández. Precio: 80 pesetas.
- 6.º—*Historia de Cáceres y su Patrona*, por Simón Benito Boxoyo. Precio: 30 pesetas.
- 7.º—*Descripción y noticias del Casar de Cáceres*, por Gregorio Sánchez de Dios. Precio: 25 pesetas.
- 8.º—*Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande, que por el nombre del capitán que lo descubrió, se llamó el río de Orellana*, por Fray Gaspar de Carvajal. Precio: 60 pesetas.
- 9.º—*Libro de la invención de esta Santa Imagen de Guadalupe; y de la erección y fundación de este Monasterio; y de algunas cosas particulares y vidas de algunos religiosos de él*; por el P. Fray Diego de Ecija. Precio: 75 pesetas.
- 10.—*Realidades y esperanzas de la Alta Extremadura*, (Conferencias). Precio: 43 pesetas.
- 11.—*Diccionario histórico-geográfico de Extremadura*, por Pascual Madoz (cuatro tomos a 75 pesetas uno).
- 12.—*¡Sangre de mártires!: Vida y martirio de un extremeño en la ciudad de los Concillos*, (Don Fausto Cantero Roncero), por el Rvdo. P. Diego Marcelo Merino. Precio: 43 pesetas.